

ORACIÓN MAESTROS DE LA
CIRUGÍA COLOMBIANA

Doctor ERNESTO ANDRADE VALDERRAMA

1983

Presentador del orador

Doctor CARLOS IBLA

Oración 1983

Doctor ERNESTO ANDRADE VALDERRAMA

Señoras, señores:

Hasta el final del siglo XVIII, la cirugía en el virreinato de la Nueva Granada, era un arte empírico, fruto de la experiencia y tenacidad, por una parte de los maeses y maestros, quienes desde la época de la Conquista llegaron con Colón y por otra del aporte que en este campo hicieron los curanderos indígenas, superior al de los primeros a veces, como en el del manejo de las heridas, antes de que Ambrosio Paré lo hubiera impuesto en Europa. El oficio de cirujano, necesario para la comunidad, era de categoría muy inferior a la del médico. Mientras que en otros países, con Inglaterra a la cabeza, los anatomistas cirujanos comenzaban a preparar la revolución quirúrgica del siglo XIX, era notorio el atraso en todos los campos de la medicina, en la madre patria. Sin embargo, a mediados del siglo, comenzaron a soplar vientos de renovación gracias a la acción de dos grandes figuras: Andrés Piquer en la medicina y Pedro de Virgil en la cirugía. Virgil, con estudios en Montpellier, funda el primer Colegio Real de la Cirugía en Cádiz, en 1748, y allí permanece hasta 1758. Entre sus discípulos escoge a dos, para la extensión de la reforma en España: el primero viaja a estudiar a París, Londres, Edimburgo y va a ser el director del Real Colegio de San Carlos en Madrid, es Antonio Gimbernat, a quien todos conocemos por su técnica para la operación de la hernia crural, que mereció el elogio y aprobación del genio de la cirugía en este siglo, llamado en reciente artículo el Shakespeare de la medicina, John Hunter. El otro, gaditano de nacimiento, con estudios médicos en Sevilla, discípulo de Virgil durante cuatro años, está destinado para fundar el Colegio de Barcelona, viaja a Madrid, donde asume la cátedra de anatomía, pero aquí se obsesiona por el estudio de ciencias físicas, matemáticas y naturales, cambia su destino y resuelve venirse a América. Se llamaba José Celestino Mutis.

Bastante y no suficientemente, se ha recordado su obra en estos dos últimos años. Primero con motivo de los doscientos cincuenta años de su nacimiento y durante éste, en el aniversario del segundo centenario de la Expedición Botánica. Basta anotar que ha sido designado como el oráculo del virreinato, como el padre de la ciencia, o como lo definió Germán Arciniegas en la Academia de Historia: Padre de la Patria. Indudablemente fue también el padre de la medicina colombiana. Como médico del virrey Messía de la Cerda, desembarcó en Cartagena en 1760. Ante la precaria situación de la medicina en nuestro país,

contra su voluntad hubo de ejercerla durante más de cuarenta años. Esta "amarga práctica" que tanto tiempo precioso le quitaba a sus investigaciones botánicas y científicas; sin embargo, le sirvió como base de observaciones médicas importantes, fuera de que con los ingresos que le aportó pudo vivir holgadamente y contar con recursos para el desarrollo de muchos de sus trabajos.

Si no pudo ver terminada ni publicada su obra de la Expedición Botánica, en cambio, dejó para la medicina y cirugía una realización fundamental: la creación e iniciación de la primera facultad de medicina, con un plan de estudios a la altura de los adelantos de la época. Aprobada por Real Cédula en 1801, inició cursos bajo su regencia en 1802. Fue su primer director el doctor Miguel de Isla, graduado por el mismo Mutis. La primera tesis, de tema quirúrgico, se presentó en 1805. A su muerte, en 1807, fue sucedido Isla por Vicente Gil de Tejada, profesor de anatomía. Otro catedrático de esta iniciación, digno de recordar, fue Jorge Tadeo Lozano, profesor de básicas. Dos carreras funcionaron desde el principio: la del médico-cirujano, con ocho años de duración; cinco cursos escolares y tres de práctica hospitalaria, al cabo de los cuales el estudiante obtendría su revalidación y licencia para curar.

Al lado de ésta, Mutis consideró indispensable sostener aún la de cirujanos romanticistas, dada la necesidad de este profesional. Era de tres años, todos adelantados en el hospital y dedicados a la anatomía, instituciones quirúrgicas y estudio práctico de operaciones. Los textos para seguir eran: aforismos quirúrgicos, de Boerhaave, con comentarios de Van Swieten. Las operaciones de Heister, el genial cirujano alemán de la época, y la cirugía expurgada de Porter. Textualmente dice Mutis sobre esta carrera: "Tampoco se habían conocido bien los auxilios que prestaban a la medicina los estudios metódicos de la cirugía. Abandonada por lo común a cierta clase de jóvenes practicantes sin instrucción, se hallaba casi desterrada de la universidad, donde solía conservarse una cátedra de puro nombre y sin discípulos, persuadidas las gentes a que sólo en los hospitales debería enseñarse esta despreciable facultad. Desengañados los sabios de tan perjudicial error y no menos ilustrados los gobiernos por influjo de profesores imparciales, se le ha hecho la justicia de restituirle su honor debido, libertándola de su antiguo oprobio y elevándola a la clase de facultad mayor con su correspondiente grado de doctorado en algunos reinos y en España asociándola a la medicina con el título de facultad reunida". Así nació en Colombia la enseñanza científica de la cirugía y Mutis fue su fundador.

En 1808 fallece Mutis. Linneo lo resumió diciendo: "Nombre inmortal que ningún tiempo futuro podrá borrar".

Primer maestro de la cirugía

Apenas egresando los primeros alumnos de la Escuela de Mutis, estalla la guerra de la Independencia. Algunos continúan en Santafé sus cursos bajo la

enseñanza privada, en los colegios de San Bartolomé y Rosario, de Merizalde y Osorio. Otros salen a los campos de batalla: entre los cirujanos nacionales sólo se ha conservado la memoria del doctor José Joaquín García, capitán cirujano del Batallón de Guardias Nacionales. Las actividades de cirugía militar estuvieron dirigidas por los cirujanos de la Legión Británica: Cacary, Moore, cirujano del Libertador y el célebre Foley, cirujano mayor del ejército. Correspondióle al presidente Santander en 1823 reanudar los estudios médicos y trajo la Misión Francesa, compuesta por el anatomista Broc y el cirujano Daste. Así comenzó la influencia de este país, en nuestra medicina que habría de durar hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. El primer docente de cirugía en la Facultad Central de Medicina, en 1827, fue Daste y aquí inició sus estudios médicos el que habría de ser primer maestro de la cirugía: Antonio Vargas Reyes.

Oriundo de Charalá, dotado de condiciones excepcionales humanas e intelectuales, logró con grandes dificultades coronar la carrera médica en 1837. Viajó poco después al exterior y durante cinco años estudió cirugía en Francia, al lado de grandes figuras: Roux, sucesor de Dupuytren en el Hotel Dieu, pionero de la cirugía plástica, Velpeau, autor de un célebre Manual de Cirugía y pionero de las grandes cirugías para el cáncer; Cloquet, reconocido en el campo de la cirugía ósea; y Chassaigne, introductor de los drenajes en cirugía y del nitrato de plata. Antes de regresar al país visitó Inglaterra, donde Simpson introducía el cloroformo. Con este bagaje de conocimientos e instrumental, llega a Bogotá; de inmediato le es asignada renta oficial y se incorpora a la docencia. Sucede a Rampón en la cátedra de patología especial y en la de medicina operatoria en el Hospital de San Juan de Dios. En 1850 es cerrada la universidad e inicia lecciones privadas en los colegios de San Bartolomé y el Rosario. Explicable por su formación, es su extraordinaria labor como cirujano y como maestro, de la cual quedó constancia gracias a la publicación de su discípulo Pereira. Prácticamente fue el primero en la realización de muchos procedimientos quirúrgicos, hasta entonces desconocidos: esquirlectomía craneana, operación de catarata, enucleación y fístula lacrimal. Amigdalectomía, resección de pólipos nasales, labio leporino y parotidectomía. Pionero de la extirpación de los pectorales en la mastectomía por cáncer, fue el primero en extraer cuerpos extraños del esófago con aparato por él ideado. En abdomen, lo vemos suturando el colon, haciendo colostomía por ano imperforado, practicando la segunda cesárea, después de la de Quevedo en Medellín y desarrollando la talla vesical, que por primera vez en Bogotá había practicado Cheyne. Fue el iniciador de la cirugía osteoarticular: amputaciones, resección del maxilar, desarticulación del hombro y tenotomía del Aquiles. Su inquietud también lo llevó a publicar en 1852 "La Lanceta", primer semanario médico, convertido más tarde, en 1864, en la "Gaceta médica". Cuando tras la creación de la Universidad Nacional, en 1867, por el presidente-médico Santos Acosta, la facultad médica privada del doctor Vargas fue convertida en la Facultad Nacional de Medicina, su nombre fue acogido para primer rector, cargo que desempeñó hasta su muerte en 1873.

Los primeros cirujanos que ejercieron en Bogotá y en las principales ciudades fueron discípulos de este gran maestro de nuestra cirugía.

Vidas paralelas de dos maestros

En el área mundial, un hecho trascendental va a partir en dos la historia de la cirugía en la segunda mitad del siglo pasado: la introducción de la antisepsia por Lister en 1865, que ha de llevar a la asepsia, con el autoclave de Neuber, en 1883, precisamente hace un siglo. Muy pronto van a ser conocidos en Colombia. Aquí mientras tanto ocurren otras cosas importantes: además de la Nacional han funcionado intermitentemente las escuelas médicas de Cartagena y Popayán, sin contribuciones notables en el campo de la cirugía. En Medellín comienza en 1873 la Facultad de Medicina y en ésta y en Bogotá inician labores las academias de medicina, en cuyos boletines van a quedar registrados todos los adelantos médicos. Fueron notables los cirujanos, la mayoría de la escuela de Vargas, y otros graduados en el exterior, ya posibles, gracias a la anestesia y la asepsia y prepararon con el comienzo del nuevo siglo el verdadero desarrollo de la cirugía. En Bogotá fueron: Osorio, Barreto, Noguera, Herrera, Fajardo, Buendía, Manrique y otros. En Antioquia: Uribe-Ángel, De la Roche, Uribe, Arango, Londoño, Quevedo, Pérez. En Manizales: José T. Henao y en Cali: los García, Evaristo y Pablo. Comienza el siglo XX y entran en acción los dos grandes maestros, quienes hasta el final de la década del treinta, van a orientar y dirigir la cirugía colombiana.

Con diferencia de tres años habían nacido, de extirpe campesina, sin ancestro médico, el uno en Titiribí, Antioquia, y el otro en Cajicá, Cundinamarca: Juan Bautista Montoya y Flórez y Pompilio Martínez. Obtenido el grado médico, ambos viajan a París, pero aun la vocación quirúrgica no se les ha despertado. Martínez toma cursos de pediatría y asiste a lecciones de oftalmología. Montoya vuelve a hacer la carrera médica y se gradúa con tesis sobre los carates de Colombia, pero ambos oyen y ven operar a Pean y Gosset. Vueltos al país Montoya asume la cátedra de bacteriología, en 1896, en Medellín y Martínez la de clínica infantil, pero una tragedia nacional, la Guerra de los Mil Días, irrumpe en el país y aflora en ellos su verdadera vocación: la cirugía. Más intensa la contienda en Cundinamarca, enrola al doctor Pompilio como cirujano militar y asume la cátedra de medicina operatoria. En el mismo año de 1901, Montoya y Flórez inicia su cátedra de clínica quirúrgica de la Universidad de Antioquia. Interrumpida la docencia, únicamente por el ejercicio de cargos administrativos, va a terminar en ambos, con la muerte, en el mismo año de 1937. En homenaje póstumo sus discípulos excelsos, Juan N Corpas y Pedro Eliseo en Bogotá, Gil J. Gil y Alberto Saldarriaga en Medellín, hicieron cálido elogio de los maestros. De ellos tomamos, para sintetizarlos, los rasgos salientes de sus vidas: con personalidad y temperamentos distintos, el uno encarnando la escarpada Montaña y el otro reflejando la plácida Sabana, ambos se fundieron en la vocación

quirúrgica y ambos fueron el prototipo del profesional ideal. Difícilmente podría definirse cuál fue mejor cirujano, porque en ambas ciudades los consideraron insuperables.

Notoriamente, algo que los hizo más destacable y esto seguramente por su común formación en los hospitales franceses, fue su espíritu clínico, siempre acompañando y anteponiéndose al operador, lo cual fue natural refuerzo a las virtudes que de este hicieron derroche: habilidad, seguridad e impresionante serenidad. Telón de fondo de esta representación fueron sus altísimas dotes morales, que los han señalado como ejemplo perenne para quienes trajinamos en el absorbente arte de Hunter. Gracias a las estadísticas publicadas, del Hospital de Medellín, es mejor conocida la actividad quirúrgica del doctor Montoya: a él se debe la introducción de las anestésicas local y raquídea, el sueño hipnótico y la oleoeterización rectal. Fue el primero en practicar la tiroidectomía, la mastectomía radical reglamentada y la gastrectomía por cáncer en Colombia. Introdujo las polainas en cirugía. Su primera estadística, hasta 1912, sobre 278 operaciones, mostró la increíble cifra de mortalidad de sólo 2.28%, su fama pasó las fronteras patrias y desde Leningrado fue consultada su técnica en gastrectomías.

Los rayos X fueron introducidos por él en Medellín. Algunos de sus escritos, no de cirugía, fueron conocidos en el exterior: "Génesis étnica de nuestros aborígenes" y "Titiribíes y Sinifanaes". Fundó en 1936 la "Revista Clínica". Fue miembro correspondiente a la Academia de París y de la Sociedad de Cirugía de Estados Unidos. Menos divulgada ha sido la actividad, no menos numerosa del doctor Martínez, pero fueron notables algunas de sus comunicaciones. Tres sobre aneurismas de la aorta abdominal, una con ligadura y el informe sobre la primera operación sobre corazón, sutura ventricular, en 1914. Durante dos períodos desempeñó la rectoría de la Facultad de Medicina: abrió el Laboratorio de Rayos X, dotó el Laboratorio Santiago Samper, realizó el traslado de la Facultad al Parque de los Mártires en 1919 y el contrato con la Beneficencia. Volvió a Francia para adelantar convenios de intercambio profesoral. Fue miembro del American College of Surgery, del Comité Iberoamericano de Cirugía y oficial de instrucción pública de Francia. Fue impulsador de centros médicos privados, como la Casa de Salud de María Auxiliadora, después Clínica de Marly y fundó su propia clínica privada.

Les ha de tocar, a quienes ocupen en el futuro esta tribuna, exaltar las figuras de los discípulos de Martínez y Montoya, quienes mantuvieron en alto la antorcha por ellos encendida, y a quienes se debe el progreso en la nueva etapa, iniciada cuando con motivo de la Segunda Guerra Mundial, cesó la fecunda influencia de la cirugía francesa. Es una obligación con las nuevas generaciones, que necesitan de su ejemplo para continuar seguros e incólumes, ejerciendo el más bello de los oficios: el del cirujano.